Obras premiadas

Obras premiadas
Undécimo Concurso de Arte y Literatura
Bancentral 2007

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Vol. 109
Serie Obras Premiadas No. 11

Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007
(11. : 2007 : Banco Central)
Obras premiadas undécimo concurso de arte y literatura Bancentral, 2007. -- Santo Domingo : Banco Central de la República Dominicana, 2008.
110 p. : il., fotos (Col.) ; 23 cm. -- (Colección del Banco Central de la República Dominicana ; v. 109. Serie obras premiadas ; no. 11)

ISBN 978-9945-443-36-3

1. Certámenes literarios 2. Artes plásticas - Concurso.
I. Título. II. Serie

PQ 7405.C65 2008 CDD 21. ed. RD860.08
CEP/BCRD

©2008
Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana

Comité de Publicaciones:
José Alcántara Almánzar, Presidente
Carmen Beatriz Rodríguez De los Santos, Miembro
Luis Martín Gómez Perera, Miembro
Luis José Bourget, Miembro
Miguel A. Frómeta Vásquez, Miembro
Elvis Soto, Secretario

Edición al cuidado de Elvis Soto
Diagramación: Cuesta-Veliz Ediciones
Diseño y arte de la cubierta: Orlando Abreu / Equis, S. A.
Fotografías de las pinturas: Alfredo Gell
Ilustración de la cubierta: Abstracto I, de Maritza Balbuena
Coordinación del concurso: Miguelina Francisco Batista

Impresión:
Subdirección de Impresos y Publicaciones
Banco Central de la República Dominicana
Ave. Dr. Pedro Henríquez Ureña calle Leopoldo Navarro
Santo Domingo de Guzmán, D. N., República Dominicana

Impreso en la República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

Contenido

Presentación 9

Cuento

Primer premio, Teresa Calderón
"La estufa" 15

Segundo premio, Luis Fco. Córdova Vásquez
"Pensar en Sandra" 27

Tercer premio, Ariadna Adames Rojas
"Sangre fría, sangre azul" 35

Mención de honor, Luis Rafael Santana Santana (Lito)
"La muerte de Clemencia" 41

Pintura

Primer primer premio, Geraldo Amable Pimentel Ramírez
"La casa de los manglares" 53

Segundo primer premio, Maritza Balbuena Alvarado
"Abstracto I" 57

Segundo premio, Silvana Bicchi de Melo
"El mantel verde" 61

Tercer premio, Mayra Arvelo Hoepelman
"Carbonero" 65

Segundo tercer premio, Ariadna Adames Rojas
"Casa de madera" 69

Primera mención de honor, Robinson Antonio Peña Pérez
"Los molinos en el Ozama" 73

Segunda mención de honor, Silvana Bicchi de Melo
"Hortensias azules" 77

Fotografía

Primer premio, Sheyla Hernández Concepción
"A través del tiempo" 83

Segundo premio, Carolina Ramos de Marranzini
"La devoción del pueblo" 87

Segundo segundo premio, Rafael Virgilio Ravelo Peña
"Devota" 91

Tercer premio, Saskia Hendrickje Astwood de Peña
"Juanchito Soñador" 95

Mención de honor, Amelia Ortiz Rey
"La cura del hipo" 99

Presentación*

Al culminar nuestras actividades culturales del presente año, me complace darles un especial saludo a todos los funcionarios y empleados, invitados, miembros del jurado y participantes en el Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007 que hoy se encuentran con nosotros. Este certamen constituye un evento singular por tratarse del único que tiene carácter interno, ya que está dirigido a estimular el talento creador, en literatura y artes visuales, entre el personal activo y pasivo de nuestra entidad.

Durante doce años –con excepción de uno solo en que fuera suspendido– este concurso ha puesto de relieve la inagotable cantera de imaginación e ingenio que

* Palabras pronunciadas por la licenciada Clarissa de la Rocha de Torres, vicegobernadora, en representación del Lic. Héctor Valdez Albizu, gobernador del Banco Central de la República Dominicana, en el acto de entrega de premios del Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2007, en el vestíbulo del Museo Numismático y Filatélico, el martes 4 de diciembre de 2007.

subyace en muchos de nuestros profesionales y técnicos, cuyas tareas cotidianas en apariencia nada tienen que ver con ese admirable despliegue de formas, colores, imágenes y palabras a que nos hemos acostumbrado, para culminar siempre con una nota de legítimo orgullo en el esperado acto de premiación del mes de diciembre, próximo a las celebraciones de la Navidad, festividad que encierra una larga tradición de amor, solidaridad, paz y generosa entrega entre los hombres y mujeres de buena voluntad.

El arte no es un lujo, como muchas veces se dice, sino una necesidad del espíritu que viene a complementar sabiamente la dimensión material de toda vida humana. El arte existe desde que aparecieron sobre la faz de la tierra los primeros seres inteligentes de nuestra especie, primero en la caverna, sobre la piedra rústica, y luego en múltiples dimensiones, como la mejor expresión testimonial de nuestro paso por el mundo, con un legado de belleza que nos reconcilia y nos llena de esperanza en el porvenir.

«La belleza salvará al mundo», dijo con misterioso acierto Fedor Dostoievsky, genial escritor ruso que padeció las angustias de la cárcel y los trabajos forzados, pero que lejos de acobardarse, y superando sus desdichas personales, creó obras inmortales como la monumental novela *Crimen y castigo*. Esa frase *–la belleza salvará al mundo–* es una demostración de su fe en la capacidad del arte como generador de belleza, para

redimirnos de nuestras flaquezas y miserias, enalteciendo la condición humana.

Creo, por tanto, amigos todos, que este Concurso de Arte y Literatura del Banco Central, destinado a reconocer a las inteligencias creadoras en cuento, pintura, dibujo y fotografía, se explica por sí solo y es una prueba más de las autoridades y de quien les habla, de nuestro respaldo a la cultura en la institución, así como el deseo de descubrir y de premiar el talento bajo cualesquiera manifestaciones que adopte.

Quiero agradecer, de modo muy particular, a los distinguidos miembros del jurado –al que se ha integrado a partir de este año la escritora Ángela Hernández– su valiosa labor para escoger los mejores trabajos sometidos a su consideración. Así mismo, al Departamento Cultural, por su eficiente coordinación de todos los aspectos del certamen.

Para terminar, deseo expresar mis más sinceros parabienes a los que dentro de poco resultarán premiados y exhortar a los demás a que no desmayen, pues, como decía Hemingway refiriéndose al escritor, lo primero es el talento, lo segundo es la disciplina, sin la que no se alcanza nada.

Gracias finalmente a los presentes por acompañarnos en tan agradable encuentro y muchas felicidades y bienaventuranzas a todos ustedes y sus familiares en esta Navidad.

Buenas noches.

Cuento

La estufa

Teresa Calderón

Primero que todo, nací. Para hacer esto tengo que haber nacido. Nacido en un lugar, así que fue, por suerte, en la capital de la República Dominicana. Semejante acontecimiento sucedió en el primer lustro de la década de los 50.

En mi adolescencia fui fanática de los Beatles. Cuando acabé el bachillerato en el Colegio San Judas Tadeo, tomé la determinación de estudiar en el viejo mundo. Mis padres me apoyaron. Viajé a Europa.

Motivada por los acontecimientos históricos y políticos de mi país, me inscribí en la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad Pro-Deo, en Roma, Italia. Allí aprendí muchas cosas. Entre ellas, que nunca sería política.

Regresé a mi país donde comencé una nueva carrera. Entré en INTEC donde estudié Administración de Empresas.

En el ínterin, me casé con un buen hombre. De ese matrimonio tuve dos hijas, Patricia y Laura. Me han regalado dos nietos y otro que viene en camino. A todos/as los/as amo profundamente.

Por esos años en que me casé, solicité trabajo en el Banco Central, que estaba por inaugurar, para ese entonces, la Oficina Regional de Santiago de los Caballeros, donde vivía a la sazón. Por fortuna, me aceptaron.

Al año de trabajar en la Oficina Regional, pedí mi traslado para la Capital. Trabajé en el BC durante veinticuatro años, donde, además de aprender miles de cosas técnicas, escalar peldaño a peldaño las posiciones desempeñadas con entrega, mística y amor, cultivé hermosas amistades que vivirán por siempre en un rincón especial de mi corazón.

Durante los años de trabajo en la citada institución, me divorcié y me casé de nuevo con una persona excepcional (gran amigo), con quien tuve un hijo maravilloso, Abel, a quien amo entrañablemente.

Ahora estoy pensionada. Haciendo dos cosas que siempre soñé hacer: escribir y pintar. Además, a mis años he vuelto a sentir la fiebre de ser fanática cual colegiala frenética (con distinguida moderación). Esta vez de un grupo argentino de música y humor llamado "Les Luthiers", a quienes amo locamente por traer alegría, música, cultura, cariño, cada día de mi existencia.

Tengo una familia amorosa de gente buena, trabajadora, honrada y una cantidad inenarrable de buenos/as amigos/as por todo el mundo, con quienes comparto gustos, inquietudes, penas, alegrías y un montón más de cosas agradables.

Doy gracias a Dios por todos mis tesoros, sobre todo, por "saberLo" en mí, llenando mi mundo de serenidad, de Paz Interior.

A primera hora de la mañana de un fresco día de primavera, despertó Tersea. Se sentía muy contenta. Luego de las rutinas matutinas, fue a la cocina a preparar su desayuno.

El día anterior había contratado, para la limpieza de la casa, a una señora que iría dos días a la semana, quien confesó estar corta de vista, medio sorda y achacosa. ¡Qué alentador! Aún así, Tersea estaba convencida de que era peor no tener a nadie.

Al poner la greca del café en la estufa, se dio cuenta de que había algunos lugares sucios. Desayunó tranquilamente. Cuando terminó, fregó y empezó a limpiar su estufa.

Comenzó quitando las parrillas y los quemadores de las hornillas. Los lavó bien y cuando los fue a colocar, observó que, al parecer, la tapa hacía tiempo que no se levantaba. Procedió a hacerlo. Es decir, levantó la tapa y colocó los hierritos que la sostienen, en el lugar adecuado a fin de comenzar la misión.

Se llevó tremenda sorpresa. ¡Cuánto sucio! Todo el borde era una verdadera suciedad. Adentro, había granos de arroz, restos de comida quemada, óxido y cualquier

otra cosa no identificable. Tersea respiró profundo y siguió limpiando. A medida que avanzaba, se daba cuenta de que el sucio había penetrado por lugares insondables. Comprendió que tenía que llegar más lejos, debía quitar la tapa.

Que desagradable sensación sintió Tersea. Pudo observar que el borde de atrás, el que da a la pared, el que no se ve, cuando sólo se levanta la tapa, era una sola melcocha oscura. En ese instante, le pareció escuchar los acordes de la película «Misión Imposible».

Acto seguido, vivió lo que ella llamó «un momento eterno». Cuando no sabes si estás soñando o despierto, si es un segundo o toda una vida, si te fuiste del plano físico o si descendiste más a él. Mil cosas pasaron dentro de Tersea. No entendía nada, no se veía. No podía identificarse. De pronto, ya no era ella. Se había convertido en estufa. Como si hubiera emprendido un viaje hacia el interior de la misma.

Podía observar, sentir, saber todo lo que estaba sucediendo en su estufa.

Sobrecogida, se dijo: «Soy estufa. Estoy teniendo una experiencia física de lo que pasa en mi mundo interior». Tersea comenzó a sentir el sucio asqueroso, adherido a ella como la hiedra. Se veía destapada. Reconocía cada rincón de la estufa, por oculto que estuviera. Sus ojos observaban una cosa e interpretaban algo más. Podía ver escenas de su vida real a medida que limpiaba automáticamente todo lo que iba encontrando sucio.

Al cabo de tres horas de ardua labor se sentía sumamente cansada, las manos muy sucias de tanto brillar hornillas, tapa, plataforma, quemadores, lo que sea. Había perdido varias uñas y las cutículas, dedos, manos, pecho, cara, ropa, todo, estaba sucio o salpicado de agua enjabonada y turbia. Se había convertido en una mugrienta cenicienta caribeña.

Sin darse cuenta, regresó a la realidad. Tomó conciencia de que era tarde para comenzar a cocinar. Por demás, ni la estufa, ni ella estaban en condiciones de nada. En la nevera había comida del día anterior en abundancia, por lo que rápidamente, como por arte de magia, regresó a su fusión. De nuevo, la estufa y Tersea, eran una.

Sabía que se trataba de algo diferente. No era una limpieza rutinaria. Esta vez no había tapa. Tersea, había entrado a otra dimensión. Estaba transitando a través de la mugre. Había llegado muy lejos como para cerrar la estufa y ocuparse de otras cosas. Se trataba de una oportunidad única. Se trataba de algo más que su estufa. La había visto por dentro, y a su propio ser también. Nadie iba a ver lo que ella había visto. A nadie le podía importar lo que ahí hubiera o dejara de haber. No se trataba de apariencias. Había una realidad fea que ella había detectado. Sentía el impulso de seguir, por encima del cansancio y del hambre, que comenzaban a atacar. Así lo hizo. Y siguió.

Durante el proceso fue descubriendo herramientas que la ayudaban a mejorar su trabajo. Mientras más penetraba

en esa parte abierta, más sucio encontraba en los más recónditos lugares. Tenía la sensibilidad exacerbada. Sabía que se estaba enfrentando a sus zonas oscuras.

Su mano no llegaba a ciertos sitios. Sin embargo, podía observar, sentir las paredes internas con sustancias derramadas, como si estuvieran en su propia piel. Por suerte, las soluciones le fluían, serenamente.

En una ocasión, envolvió un cuchillo en un trapo para limpiar por dentro de una hendija. El ilustre invento sólo quitó el sucio ligero. Consciente de que ella podía, que sabía cómo penetrar a esos lugares ocultos, entendió que no era sólo llegar, tenía también que saber actuar. Supo que había que buscar otra alternativa.

Comprendió el porqué no lograba avanzar en algunas situaciones que había logrado poner sobre el tapete, en uno que otro rol de su existencia.

Dibujó una sonrisa y consintió cambiar de estrategia.

No podía flaquear ni aferrarse a lo que creía correcto e ideal. Tenía que buscar algo más efectivo, más poderoso. Entonces envolvió el cuchillo con el brillito verde. Lo amarró con alambres de los que traen todas las fundas de pan, galletas y esas cosas. ¡Aquello fue un éxito total!

Se dio cuenta de que las herramientas que usaba para un tipo de sucio, no funcionaban para otros. Veía en la pantalla de su interior sus bloqueos y desbloqueos. Siguió profundizando en aquella experiencia. Fue cuando descubrió el quemador del comal que había colocado sobre la meseta cuando retiró la tapa de la estufa.

Por su apariencia, todo lo que se cocinaba, salpicaba debajo de la tapa del quemador y que su limpieza había sido muy superficial, quizás, por lo poco que se usaba. En fin, que dicha pieza de hierro fundido tiene un borde acanalado que estaba hecho un asco. Cada pequeño canal (para ser exactos, cien canales en total, de aproximadamente la quinta parte de un centímetro (cada uno), era una perfecta mugre dura y muy adherida. «¡Ay, mi madre, nada fácil! Debo despegar esto, incrustado a través del paso de sabe Dios cuánto tiempo», se dijo Tersea.

A esa mugre, por su ubicación, no le llegaba el brillo verde, ni brillo fino, ni nada. Era una real complicación. Eso no lo esperaba, además se sentía agotada. Supo que este nuevo reto le llevaría mucho tiempo.

Paciencia, amor y perseverancia serían sus mejores aliados. «¿Los tengo?» —se preguntó.

De pronto, la pequeña pieza tomó forma humana, ante su total asombro. De inmediato entendió que no sería difícil sino más bien minucioso, muy minucioso. Pero ella quería terminar ya con todo aquello. Por primera vez sintió el inmenso deseo de abandonar la misión, de salir corriendo, de tapar la estufa, armarla y «san se acabó».

La fantasía se había burlado de Tersea. De nuevo, respiró profundo. Sin embargo, no se movía. Estaba paralizada. Tiesa como una estatua. Pensó: «Si dejo esto así como está, será muy difícil que lo vuelva a intentar. Mejor comienzo de una buena vez y dejo de postergar

lo que tengo que hacer tarde o temprano. De lo contrario, lo voy a lamentar». Buscó un cuchillito de sierras con punta fina y comenzó su labor.

Sintió que cincelaba, que modelaba su propia alma.

Raspaba con cuidado el fondo y las dos paredes de cada canalito. Esta tarea la hacía debajo de la llave del agua del fregadero, con ella abierta, claro está. Cuando llevaba tres canales reparó en que estaba malgastando agua. Se culpó de inconsciente. ¿Qué estaba haciendo? Por limpiar sus cosas estaba atentando contra la humanidad: desperdiciaba el agua.

Comprendió que para resolver sus asuntos no tenía por qué dañar la vida. Al mismo tiempo, veía situaciones donde por falta de conciencia calentaba el planeta. No precisamente por malgastar el agua, sino con comentarios desatinados que, como grifo abierto, dejaba fluir de forma continua. Se sentó en el piso y continuó su labor de orfebrería por largo rato.

Necesitaba descansar un momento. Al dirigirse al fregadero para lavar sus manos, tropezó con el frasco del jabón líquido destapado que había estado utilizando en su apasionante tarea, el cual se derramó por todo el suelo de la cocina. Entonces, pasaron ante ella imágenes de ocasiones donde, con sus «mejores intenciones», había complicado su propio entorno al no tener cuidado de cómo hacía las cosas o de por dónde caminaba, en medio de situaciones que estaban en proceso de reorganización.

Resolvió el percance. Limpió el piso, pero se dio cuenta de que había gastado tiempo, energías y material, sin necesidad. El descanso no le fue posible, más bien, sumó cansancio. Aprendió su lección.

Finalmente, la pieza quedó más limpia que cuando nueva. Cada canal lucía un brillo de estrella. Mientras tanto, las otras piezas se secaban alegremente en el área del lavadero, con la ayuda de una brisa suave, fresca.

Sonaba en la radio «El concierto de Aranjuez».

La siguiente etapa del proceso era limpiar el horno. Sintió que entraba al nivel medio de su alma. Una nueva experiencia le esperaba.

Como estufa, Tersea comenzó a sentirse mejor. El horno no estaba tan sucio. Sacó las parrillas. Limpió el techo, las paredes, el fondo, el piso de su horno, en poco tiempo, sin mayores esfuerzos. Entre tanto, en el lavadero, ya todo se había secado.

Colocaba cada pieza en su lugar, cuando inesperadamente su atención se dirigió hacia la parte inferior de la estufa. Al asador. Tersea entró en un estado de shock. Estaba aterrada y fatigada. Con todo lo que había vivido hasta ahora, suponía cómo debería estar esa parte, donde, precisamente, suelen anidar las peores plagas. Experimentó la misma sensación de pánico que sintió cuando tenía siete años de edad y entraría por primera vez a «La Casa del Terror» en la Ciudad Mecánica. «¿Qué clases de horrores tendré que enfrentar ahí dentro?» Se preguntó.

No podía esperar más, tenía que hacerlo. Sólo faltaba ese pedazo para completar la labor. Asustada, se tiró en el piso dispuesta a abrir el asador y enfrentar lo que fuera. Agarró el manubrio, pero antes de halarlo, se preguntó intranquila: «¿Qué haré si me sale un ratón o una cucaracha?»

Como era de esperar, no hubo respuesta. ¿Fue sólo un momento o una eternidad? No se sabe.

Como si hubiera sido investida con un rayo de poder, sintió que una fuerza mayor a su capacidad de razonamiento, la impulsaba desde su interior, con determinación, con voluntad, a abrir aquello. El miedo había desaparecido. Sentía seguridad de lo que iba a hacer. Tiró de la barra, al instante salió el compartimiento del asador con su parrilla y su bandeja esmaltada.

Un paño húmedo fue suficiente. Bandeja, parrilla, paredes, fondo, techo, solo tenían un poco de polvo. ¡Gracias a Dios!

Movió la estufa para limpiar su entorno. Sabía muy bien que cuando algo está sucio, generalmente se afectan las áreas circundantes. Reconoció alrededor de su ser, áreas que había contaminado. Avergonzada, inclinó su cabeza en los niveles internos.

Tal cual fue predicho, debajo de la estufa y en la pared de atrás, había mucha mugre. Las superficies planas colaboraron a que las cosas se solucionaran sin obstáculos. Después de la experiencia anterior, todo le resultaba fácil, manejable.

Al caer la tarde, una ducha tibia renovaba su físico exhausto. Entonces regresó a la cocina a preparar algo de comer.

Al entrar, se detuvo ante ella. Tersea y su estufa se miraron largamente. Sonrieron. Ambas se sentían profundamente agradecidas. En la radio sonaba: «Beautiful Dreamer».

Pensar en Sandra

Luis Fco. Córdova Vásquez

Luis Fco. Córdova Vásquez nació en Santiago de los Caballeros el 11 de octubre de 1980. Escritor y abogado, realizó estudios de Administración de Empresas en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD) y obtuvo la Licenciatura en Derecho en la Universidad Dominicana O&M. Ha tomado cursos y diplomados en formación política auspiciado por la Secretaría de Estado de la Juventud y otros realizados por Intec, Unibe y la USAID. En estos momentos labora en la Oficina Regional del Banco Central de la República Dominicana.

Ha sido Presidente de Sociedad Cultural Alianza Cibaeña, Inc. y miembro de Casa de Arte, Inc., Ateneo Amantes de la Luz y del Taller de Narradores de Santiago, así como coordinador del Festival Internacional de Cultura ArteVivo. Actualmente participa en la concretización del colectivo FACES (Foro Abierto de Cultura, Economía y Sociedad) junto a jóvenes de diversos sectores que propician un intercambio de ideas y propuestas a los esquemas sociales del país con miras al contexto caribeño.

Por sus trabajos a favor del desarrollo cultural en el país le fue entregado el Premio Nacional de la Juventud 2006, máximo galardón que otorga el Estado a los jóvenes más destacados de la República Dominicana. La Sala Capitular del Ayuntamiento de Santiago de los Caballeros, mediante Resolución No. 2825-07, decidió otorgarle el Premio a la Juventud Santiago Apóstol. Su primer libro de cuentos, El otro rojo de la muerte, *obtuvo el Premio Nacional de Cuento Jaime Colson 2005 (otorgado por la Fundación Brugal y la Sociedad Cultural Renovación de Puerto Plata), sus cuentos han sido premiados en importantes certámenes como el de Radio Santa María (Primer Premio, 2002) y publicados en antologías nacionales de narrativa.*

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.

FEDERICO GARCÍA LORCA
(Llanto por Ignacio Sánchez Mejías)

Desde siempre fuiste un recuerdo: la mano que me regaló a Balzac, la boca que de sorpresa me besó en el parque, la caricia perdida en el miedo de que nos descubrieran.

Mi amigo Darío me dijo que no me creía el amor por Sandra. Sé que es difícil creerme, pero de una cosa pueden estar seguros: Sandra existe, aunque lejos de aquí, y no sé si por fin ya no es Sandra, tal vez ahora sea Elizabeth, su segundo nombre. De todos modos será la cara triste, el pelo negro, los ojos café y esa voz que cada vez recuerdo menos y que sabía tararear todas las canciones de Toque Profundo.

El cómo nos conocimos es extraño y no tendría nada de especial si no hubiese sucedido el secreto de ambos. Ella cumplía las horas de servicio público del bachillerato

en la misma biblioteca pública en la que yo leía diariamente. Entonces yo no era más que una figura huesuda y unos lentes grandes tras unos libros polvorientos. Me perdía en la panorámica del mobiliario, sin el menor pudor. Estoy seguro que mi presencia casi siempre pasó sin que nadie la advirtiera.

Desde esos días comenzó mi manía por la sincronización. Elegía el asiento más distante, lejos del público y del mostrador de entrega de libros, para no dejarme ver de la referencista. Evitar el menor contacto con los usuarios, en su mayoría estudiantes imprudentes que leían en voz alta la peor selección de la poesía hispánica y las más tontas notas de clases. Por eso decidía sentarme lejos y guarecerme de preguntas inútiles como «¿qué hora es?», «¿cómo estás?» y otras cordiales ridiculeces.

Un viernes, lo recuerdo porque los viernes me proponía una jornada doble de rendimiento, comía ligero al medio día, me echaba gotas en los ojos para la resequedad y prefería aguantarme las ganas antes de pararme al baño; todo esto con el fin de no detener la lectura de turno y alcanzar mi ritmo de tres libros al mes, leídos con una maniática rutina que iba de tres treinta a seis treinta, de tarde en tarde, de lunes a viernes. Pero ese viernes fue diferente. Una amiga, estudiante de medicina, me descubrió entre el inmueble. Sonreía. Y claro, antes de que se acercara a mi mesa, me puse de pies y la intercepté unos pasos antes. Hablamos. Ya que había desmoronado todo mi esquema y su risa de

niña tonta me produjo poco más que dolor de cabeza, decidí volver a mi sitio bajo el pretexto de que tenía mis cosas allí.

Una vez me liberé de ella, descubrí que Sandra existía, que estaba en la biblioteca, entre las tramerías, entre los libros y que ahora sonreía, como sonríen las modelos de las imágenes que traen los portarretratos. Intenté sonreír pero al plegar la cara me volvió el dolor de cabeza que, luego de dejar a mi amiga y volver a mi silla, se había calmado.

Al devolver mis libros volvió a sonreír. Quizás era la única persona que mantenía ese grado de amabilidad conmigo, ya que era odiado por los empleados por mi culpa de retrasar la hora de cierre de los servicios. Pero ella dijo mi nombre, lo vio del carné de socio y de seguro su risa era de burla viendo lo infantil que estaba en la fotografía, lo diferente a lo que estaba ahora, lo raro que me veía sin lentes y quien sabe qué cosas más.

«Nos vemos mañana». Creí que se había equivocado y que no recordaba que era viernes y que nunca acostumbraba a volver los sábados en la mañana. Pero quizás un augurio, una profecía cotidiana, regresé para terminar *Un mundo para Julius* y en efecto, estaba allí. Nos dijimos «hola» con la amabilidad común de quien ahorca un gato, como rutina, como la necesidad de las hormigas de saludarse a cada encuentro. Sandra sujetó mi mano y de inmediato dijo:

—¿Tienes frío?

—No.

—Perdona, pero tus manos están bien frías.

Entonces noté que seguía sujetándome guardando mi mano derecha en sus diminutas manos, guardándolas en la mirada color café de sus ojos pequeñamente terribles.

Extrañamente la dejé tomar mis manos, dejarla explorar mis nudillos, que repitiera que estaban frías y que de seguro yo tenía frío y que no quería decirle nada. La veía verme, como si me estudiara, como si mirándome aprendiera de mis extrañezas, como si le gustaran las cosas extrañas y viera en mí algo un poco curioso. Me propuso que al cierre de la biblioteca nos viéramos, me preguntaba si seguiría insistiendo en la temperatura de mi cuerpo o si tomaría de nuevo mis manos para reconfirmar esas cosas morbosas que a esas edades nos preocupan.

Cuando el timbre sonó nos encontramos en las tramerías, nos despedimos y la bibliotecaria se contuvo de algún comentario al ver que salimos juntos del local. Un sábado, medio día, lo propicio era que almorzáramos en algún lugar, que departiéramos más y que viéramos cómo la ciudad nos junta, cómo estas calles que se acostumbraron a vernos por separados ahora tenían la obligación de vernos juntos, de sentirnos como dos hamsters blancos que se pierden en la jaula-laberinto también blanca y se cansan como nosotros nos cansamos de verse en la blancura y nosotros cansarnos en la vastedad de una ciudad mentidora que nos mantuvo distantes tantos años, los años de nuestras infancias,

ambas huecas y sin abuelos, sin padres con los cuales almorzar al medio día y nosotros en un medio día de un sábado de verano sin dinero para almorzar.

Decidimos subir a uno de los parques de la ciudad. Ella dijo que lo conocía porque un día salió del colegio y se refugió con unas compañeras allí para escapar del tedio. Y ahora el tedio se había perdido igual que nuestras hambres, igual que nuestra necesidad de vernos, de que la ciudad nos regalara su hastío y olvidarnos de nosotros para empezar a describirnos y desnudar los secretos que desde siempre nos habían juntado.

Entonces Darío me dijo que ella no era exactamente linda, pero que poesía una belleza extraña. Que viera si realmente estaba interesado en ella y que antes de involucrarme con alguien más pensara en la otra persona y en mí. Pensé que era una de las tonterías más que uno escucha siempre.

Cuando nos despedimos ya no nos volveríamos a ver en la biblioteca pública, ya había terminado sus horas de trabajo allí. Yo, sin embargo, siempre permanecería en el mismo lugar, leyendo uno de los miles de libros de las tramerías, alejado de las personas y sintiendo que la ciudad con su ruido de bestia hastiada de hastiar, desandaría los caminos.

—Sandra.

—Dime.

—¿Qué haremos con nosotros?

—Seremos recuerdos, sólo recuerdos.

—Prométeme que seré por lo menos un recuerdo agradable.

Entonces sonrió como sonríen las modelos que traen las imágenes de los portarretratos. Un día no supe responderle a Darío mi necesidad de escribir historias sin final.

Sangre fría, sangre azul

Ariadna Adames Rojas

Nació en Santo Domingo el 30 de noviembre de 1986. Hija de Héctor R. Adames y Josefina Rojas de Adames. Realizó sus estudios de primaria y secundaria en el Colegio Dominicano De La Salle, en el que obtuvo el mejor promedio académico de su promoción (2005). En dicho colegio disfrutó de la aproximación al arte a través de la profesora María Cristina García.

En el año 2005, el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (Intec) la selecciona como Estudiante Meritoria Nacional del Programa Intec con los Estudiantes Sobresalientes (PIES). Es egresada del Instituto Domincano de Periodismo (IDP).

En la actualidad cursa la Licenciatura en Derecho en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM) y desempeña sus labores en la Comisión Jurídica del Banco Central de la República Dominicana.

Su inclinación a la literatura y la pintura se evidenció a temprana edad. En 1995, con nueve años de edad, recibió el Premio de Lectura, Lector Sobresaliente, del Colegio Dominicano De La Salle. Más tarde, en 1996, la revista infantil Al Compás, del Listín Diario, *la reconoció como ganadora del tercer lugar en el VIII Concurso Literario «El Rey León». En el 2000 obtuvo la segunda mención de honor del IX Concurso «Poesía a las Madres», organizado por la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña. En el 2003 ganó el primer lugar en el concurso literario «Terminemos el cuento», realizado por el* Listín Diario, *Plan Lea y Unión Latina, cuyo premio consistió en un viaje cultural a Madrid, España. Más tarde, en el 2005, obtuvo la primera mención de honor del mismo concurso.*

En la actualidad asiste al Taller Literario César Vallejo y toma clases de pintura con el profesor Miguel Valenzuela.

Las abuelas deben tener cuidado y medirse, porque con sus palabras condenan, de pronto, el futuro.

Lo supe la tarde en que le arrojé las llaves al desconocido. Yo lo vi todo, desde el primer momento. Me encontraba en el balcón, detrás de los maceteros, y entre las hojas de las trinitarias divisé cómo el desconocido se deslizaba cuidadosamente por el muro que separaba nuestro patio español de la calle.

Sus movimientos felinos me cautivaron. Su destreza me anonadó. Admiré la calma y ligereza de sus pasos y me quedé, por tanto, observándolo sin moverme. Disfrutaba cada una de sus inflexiones. El movimiento de una pierna, el pie, luego la otra y la mirada inquisitoria, dirigida hacia todos lados, como si supiera que alguien lo estaba mirando.

—¡Pronto caerá la noche, Ma!, se escuchó de pronto. Era el muchacho que, como cada tarde, salía al patio a limpiar el antiguo pozo de doña Adela.

Doña Adela solía contemplar su pozo centenario y procuraba verlo siempre limpio. Estaba orgullosa de él y en ocasiones se le escuchaba decir que ninguna de las casas coloniales lucía un pozo tan imponente como aquél.

Tan pronto el desconocido hubo escuchado la voz del muchacho, se escondió detrás de una de las columnas que sostienen el balcón, que de forma rectangular recorre el patio en un segundo nivel. Lo vi escabullirse como los cangrejitos en la arena de la playa Palenque.

En ese momento pude haber prevenido al muchacho, hacerle alguna seña o dar alguna voz de alarma. Pero mi abuela ya había condenado mi futuro. Permanecí quieta, indiferente. El muchacho se inclinaba hacia adentro del pozo y con ayuda de una vara amontonaba las basuritas que encontraba.

El desconocido desenvainaba un cuchillo que traía entre las botas de piel marrón, y lentamente salía de detrás de la columna. Anduve con él cada paso. Uno, dos, tres. Mis manos simulaban las suyas, juntos apretamos el puñal entre sus manos y juntos nos aproximamos al muchacho y se lo clavamos en la espalda como se clava una noche fría entre los huesos. Y, al perpetrar nuestro asesinato al unísono, juntos sudamos.

Lo demás fue rápido, sin más complicaciones que sacar el cuchillo de la piel del muchacho, envainarlo y nuevamente colocarlo entre las botas. Los movimientos del desconocido eran ya más ágiles. Y, quizás buscando una salida, dirigió su vista hacia el balcón.

Entonces sucedió: encontró mis ojos en sus ojos, mi quietud en su incertidumbre. Al entender su mirada olvidé la sangre, el chuchillo, la culpa. Le arrojé la llave de la puerta que daba con la salida a la calle. La llave

cayó en el piso y me miraba el desconocido y yo a él. Posiblemente él no podía comprender que ya mi futuro estaba condenado desde aquella tarde en que mi abuela, mientras ponía el orégano al sol, me vio observando sin inmutarme la forma en que tía degollaba la gallina que habríamos de comer para el festejo. Esa tarde sentenció: «Hay gente que nace con la sangre fría, y la tuya es fría y azul».

A veces me pregunto si fue ella o yo quien ese día arrojó las llaves.

La muerte de Clemencia

Luis Rafael Santana Santana (Lito)

Nació en el municipio de Tamayo, provincia Bahoruco en 1959. Se inició en los medios de comunicación en Radio Enriquillo en 1981 y permaneció allí hasta 1995, ocupando los puestos de locutor, redactor, director de prensa y jefe de programación.

En Santo Domingo ha laborado en el desaparecido periódico El Siglo, *como redactor y coordinador de las secciones Provincias y Ciudades y en el* Listín Diario *alcanzó el puesto de Jefe de Redacción.*

En la actualidad es jefe de la División de Prensa del Banco Central y produce junto a Osvaldo Santana el programa de televisión «Careo».

Cuando Clemencia Alcántara murió, no sorprendió a nadie. Por lo menos a la gente de su entorno, que ya estaba informada de la desgracia, a pesar de que ella apenas tenía cincuenta y seis años de edad y no sufría de ningún quebranto.

Pero varios hechos a su alrededor mantenían en alerta a esta gente que vivía en plena sierra. Clemencia era «cofrada», estaba tocada por «Las Tres Divinas Personas», un don divino heredado de su madre, la difunta Teresa que, para su mejores años, era capaz de convocar a toda la comarca, y más allá, para sus celebraciones del Espíritu Santo.

Su cofradía era inmensa, no sólo abarcaba las pequeñas comunidades circundantes, sino que también se extendía por todo el valle. Podía, en ocasiones, reunir, en la gran velada, a feligreses de las montañas y del llano, del norte y del sur, del este y del oeste.

Eran verdaderas fiestas de colores y alegría que, a ritmo de atabales, recorrían 24 horas con bailes, movimientos de caderas, tabaco y alcohol.

Un becerro en paila sobre leña se convertía en una rodajita de embutido que no daba para saciar el hambre

de cientos de comensales, que muchas veces traían el completivo del banquete.

Venían con arroz, yuca, ñame, auyamas, plátanos, guineos, rulos y hasta los sazones del sancocho, en una especie de cuota que, sin nadie asignarla, corría por cuenta propia.

En más de una ocasión durante toda la celebración, hacía presencia el «Espíritu Santo» que, junto a cualquiera de su séquito, Anaísa, Candelo, San Miguel, la Metreza, Santa Marta, poseía a Teresa o a cualquiera de los miembros más cercanos de su devoción.

La llegada de cualquiera de esas divinidades desataba una ronda de testimonios, confesiones y hasta castigos que incluían arrastrarse como la culebra o apagar un tizón introduciéndolo en la boca.

Pero a Clemencia Alcántara nunca le llamaron la atención esas cosas.

—Yo no sé cuándo Mamá va a dejar eso —decía molesta mientras se balanceaba en una mecedora, rodeada de muchos de los presentes que, sabiendo su descendencia, iba a saludarla.

Por eso mucha gente se sorprendió cuando, al fallecer Teresa, el Espíritu Santo le dejó como herencia el altar y la cofradía a Clemencia, que en un primer momento lo rechazó, aduciendo que «yo no nací para eso».

Fue necesario llevarla hasta la casa de Fulgencio, distante a tres días de camino en lomo de mulo, para que le «bautizara» su encomienda. Fulgencio era considerado

como el gran cofrado, con virtudes extraordinarias, muy reconocido en toda la región.

La ceremonia fue breve, aunque para Clemencia pareció una eternidad.

Al final, y de regreso, seguía pensando que había perdido su tiempo.

No fue hasta la semana siguiente, un viernes, día marcado por la cofradía, cuando sintió los primeros escalofríos, mientras escuchaba una plena con toque de atabales.

Sintió que una fuerza extraña recorría su cuerpo... y eso fue lo último que recordó.

Fueron los miembros de su corte que debieron contarle que durante 28 minutos ella se transformó. Dejó de ser la persona que todos conocían de antaño, para convertirse en otra que en nada tenía que ver con la mujer serena y descreída que era ella.

Que sus ojos y sus gestos eran otros y que hasta su habla se transformó. Cambió el tono de la voz y su idioma, decían... y hasta su nombre.

Quien estuvo durante ese lapso de tiempo fue «Santa Inés», que hablaba en creole y que venía a confirmar lo que ya el Espíritu Santo había decidido: ella era la heredera de la cofradía.

A partir de ese momento una vorágine se apoderó de la vida de Clemencia.

Cambiaron sus costumbres, sus apetitos y hasta su vida marital. Su casa debió convertirse en iglesia, y los

altares de su fallecida madre fueron trasladados a su vivienda.

Unas romerías interminables. Bajaban los fieles desde las partes más altas de la sierra, subían desde el llano y desde la costa... la noticia corrió por campos y praderas, e incluso, alcanzó los mares, allende se han establecido muchos de sus compueblanos. Algunos iban en busca de suerte, otros a curarse de quebrantos no resueltos por las ciencias médicas, y otros, tratando de resguardarse de la furia de sus enemigos o para romper un hechizo. La simple mujer pasó a ser madre espiritual, con vocación para salvar almas y cuerpos...

Los martes y viernes devinieron en días especiales. «Eso sí, aquí sólo se trabaja con el Espíritu Santo y para cosas del bien», proclamaban a viva voz los miembros de la «Hermandad de Clemencia», como empezaron a llamarla la mayoría de los seguidores de la cofradía de Teresa.

Por eso no causó sorpresa cuando anunciaron su muerte. Ella lo había dicho claro y fuerte en una reunión con su familia.

Ese día los convocó a todos, incluso a varios de sus hijos que hacía años que habían abandonado la sierra para ir a la ciudad en busca de suerte.

—Mis días junto a ustedes son pocos. Ya he seleccionado la ropa que me van a poner en las andas, en el velorio. No quiero problemas con mis pocos bienes, ni que falte nada en mi entierro —dijo con voz templada,

y a continuación detalló qué hacer con cada una de las pequeñas cosas que tenía. Describió incluso la forma en que moriría y que nadie debía intervenir llevándola al médico o recurriendo a otro cofrado como ella.

En esa ocasión la gente sí se sorprendió, pues Clemencia nunca se había enfermado y no daba signo de ninguna dolencia. Eso fue lo que motivó al mayor de sus hijos a preguntarle, el porqué ese anuncio fatal, que no respondía a ninguna lógica visible.

—Ya está decidido, fue su respuesta.

Muchos no le creyeron y pensaron: «Esas son cosas de Clemencia»

El día en que Clemencia murió, tres meses después de su fatídico anuncio, fue igual que todos. Las labores en el altar y su casa transcurrieron con la misma rutina y fue después de acostarse cuando comenzó el final.

Debía ser la medianoche cuando llegó uno de sus hijos, que aún vivía en la sierra, destrozado por un fuerte dolor en el bajo vientre. Aquello era desgarrador. Sus gritos retumbaban entre las casuchas del lugar.

Clemencia se levantó ante las muestras de dolor de su vástago. Abrió la iglesia, se paró frente altar y aclamó la presencia del Espíritu Santo, que no tardó en acudir a su llamado. Ensalmó al muchacho y le indicó una pócima. Fue lo último que hizo.

Agarrándose el pecho se desplomó. Un fuerte dolor le hacía dar vueltas en círculos sobre el piso del lugar bendito. Arrastrándose como una culebra trató

de alcanzar el patio. Sólo después que el polvo cubrió su cuerpo, desde su cabello hasta las uñas de sus pies, se tranquilizó. Ninguno de los presentes trató de ayudarla. Todos estaban advertidos de que así serían los hechos y nadie podía tocarla. Clemencia presentó el mismo cuadro que le describió a su gente, de cómo ocurrirían las cosas en la hora final, el momento de su partida... y simplemente murió.

Y aunque los familiares y los miembros de su feligresía en aquel pequeño poblado la lloraron desesperadamente, a nadie sorprendió su muerte. La novedad fue un obscurecimiento total de los cielos, que sepultó la luna llena de la época, resplandeciente para esos días, y de pronto se desencadenó un torrencial que la gente definió como bendito, pues llovió hasta el amanecer. Era el final de una sequía a la que no se le veía término, hasta el día de la muerte de Clemencia.

Pintura

Primer primer premio

Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Nació en el municipio de El Cercado, San Juan de la Maguana, en el año 1966. Cursó sus primeros estudios en el liceo Luis Guarionex Landestoy, en su lugar de origen. En 1984 se traslada a la ciudad de Santo Domingo e ingresa a la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero de Sistemas de Información en 1989. En 1992 ingresa al Banco Central de la República Dominicana en el área de informática del Departamento de Administración de Recursos Especializado. Actualmente labora en la División de Administración de Base de Datos del Departamento de Sistemas y Tecnología. En el año 2004 ingresa a la Universidad O&M donde obtiene los títulos en Especialización del Software y Master en Ingeniería de Sistemas en el 2006. En 1996 ingresa a la escuela de Arte Germán Ricard, donde empezó sus primeros pasos en la pintura.

«La casa de los manglares»
Geraldo Amable Pimentel Pérez

Segundo primer premio

Maritza Balbuena Alvarado

Nació en Rio San Juan, es hija de Francisco Balbuena Sánchez y Lila Alvarado. Madre de Hugo Polanco y Lilian Geraldino, y abuela de Loraine Polanco Después de realizar sus estudios primarios y secundarios se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde obtuvo el título de Secretaria Ejecutiva en Instituto Dominicano Gregg. Posteriormente cursó estudios especializados en el Ohio State University. Ha realizado cursos de pintura con los profesores Dancy Melo, Sonia Canto, Katia Samillán, German Ricardo entre otros. Actualmente es pensionada del Banco Central; donde laboró por espacio de 14 años, sirviendo en diferentes áreas. Además de la pintura disfruta de las artes manuales, la natación y sus ratos libres los llena con la lectura y la música.

«Abstracto I»
Maritza Balbuena Alvarado

Segundo premio

Silvana Bicchi de Melo

Nació en la ciudad de Santiago donde realizó sus estudios primarios, se gradúa de Arquitecto en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, realiza un postgrado en diseño de la construcción en INTEC. Su familia está conformada por su esposo Sr. Milciades Melo y sus tres hijos, Miguel, Manuel y Marcel Melo Bicchi.

Durante su permanencia en el Banco Central laboró en el Departamento de DEFIMPRO, actualmente está pensionada, ha estudiado pintura con diferentes profesores y ha tomado talleres con el maestro Guillo Pérez. Además de la pintura

En sus ratos libres disfruta de la música y la lectura.

«El mantel verde»
Silvana Bicchi de Melo

Tercer premio

Mayra Arvelo Hoepelman

Nació en Santo Domingo, R. D., el 13 de marzo de 1949. Trabajó en el Banco Central desde el año 1977, en el Departamento de Sistemas y Tecnologías, llegando a ser encargada de la Unidad de Digitación. Desde el año 2000, después de 23 años de labor en la institución, fue pensionada. Actualmente es miembro del Coro del Banco, al cual pertenece desde sus inicios. Desde el año 2001 participa en el Programa de Bienestar Social de Jubilaciones y Pensiones, donde ha aprendido tres de las técnicas más importante en pintura: acuarela, acrílico y óleo, siendo sus profesores Miriam Miniño, Germán Ricardo y Jorge Checo.

Ha obtenido el primer premio en el concurso de los talleres ocupacionales, así como menciones de honor en el año 2001. También obtuvo el tercer premio en el Concurso de Arte y Literatura del año 2005.

«Carbonero»
Mayra Arvelo Hoepelman

Segundo tercer premio

«Casa de madera»
Ariadna Adames Rojas

Primera mención de honor

Robinson Antonio Peña Pérez

Nació en Duvergé, Pedernales, en 1967, desde muy pequeño se sintió atraído por las artes plásticas, por lo que realizó estudios de dibujo en Modern Schools, obteniendo el título de dibujante. Es locutor desde 1984. Ha realizado estudios de pintura con Alberto Bass, en un curso auspiciado por el Banco Central, y con el pintor y arquitecto Germán Ricardo. Es Ingeniero de Sistemas, ha laborado por veinte años en Banco Central y actualmente ocupa el cargo de Coordinador Técnico.

«Los molinos en el Ozama»
Robinson Antonio Peña Pérez

Segunda mención de honor

«Hortensias azules»
Silvana Bicchi de Melo

Fotografía

Primer premio

Sheyla Hernández Concepción

Nació en la ciudad de La Vega, allí cursó sus estudios primarios y secundarios. Luego se trasladó a la ciudad de Santo Domingo, donde realizó sus estudios universitarios. Actualmente es pensionada del Banco Central. Laboró por espacio de 12 años en el Departamento Internacional.

Su inclinación por las artes comenzó desde su niñez, es por eso que ha tomado cursos de Pintura y de Fotografía, tanto en su ciudad natal como en el Programa de Bienestar Social del Fondo de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central.

Ha participado en colectivas y concursos de pintura y fotografía, ganando premios y menciones de honor.

1996: "Concurso de Arte y Literatura Bancentral"
Mención de Honor, categoría Pintura
2005: "Concurso de Arte y Literatura Bancentral"
2do. y 3er. premio, categoría Fotografía

Exposiciones colectivas:

2003: Casa del Jubilado, Club Banco Central de la Rep. Dom.
2005: Lobby del Banco Central de la Rep. Dominicana.

«A través del tiempo»
Sheyla Hernández Concepción

Segundo premio

Carolina Ramos de Marranzini

Nació en Santo Domingo, R. D., el 19 de septiembre de 1968. Inició su carrera dentro del Banco Central desde el año 1987 cuando empezaba sus estudios de economía en la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra; posteriormente, realizó estudios de maestría en The George Washington University en la ciudad de Washington, D.C., donde obtuvo el título de MBA con especialización en Finanzas. Actualmente se desempeña como Consultor Técnico del Departamento de Tesorería. Su participación en el concurso de fotografía fue motivada por las habilidades que ha adquirido a través de los años de parte de su esposo, quien es un amante de la fotografía.

«La devoción del pueblo»
Carolina Ramos de Marranzini

Segundo segundo premio

Rafael Vigilio Ravelo Peña

Nació en La Romana, R. D., el 23 de octubre de 1960, justo la fecha que coincide con el aniversario del Banco Central. Es licenciado en Contabilidad e ingresó a la institución el 26 de agosto de 1985. Actualmente es pensionado.

Su interés por la fotografía nace cuando recibe de regalo su primera cámara Minolta serie X-370, e inicia su primer curso de fotografía en el Museo de Historia y Geografía (1991). Continúa desarrollando habilidades cuando ingresa a la Casa Fotográfica de Wilfredo García. Es miembro fundador del Foto-Club Wilfredo García y desde entonces ha participado en varias colectivas, siendo la primera en Casa de Teatro (1996), Central de Arte Noveau (1998), nuevamente en Casa de Teatro en el 2000, de cuya colectiva se realizó una preselección para participar, a nivel internacional, con exposiciones en el Caribe, Roma y otras ciudades, y finalmente, colectiva en el Festival Internacional del Caribe (Cuba, 2002).

Ha sido galardonado en el Concurso de Arte y Literatura Bancentral, obteniendo dos primeros lugares, en el 2001 y 2005; un segundo lugar en el 2001 un tercer lugar y una mención de honor en el 2002.

«Devota»
Rafael Virgilio Ravelo Peña

Tercer premio

Saskia Hendrickje Astwood de Peña

Nació en Santo Domingo, R. D., el 21 de diciembre del 1978. Es Licenciada en Mercadotécnia, egresada de la Universidad Católica Santo Domingo (UCSD). Bilingüe, labora en el Departamento Internacional de esta Institución desde el año 2004.

Aficionada, entre otras cosas, al lente, siempre ha mostrado particular interés por capturar acontecimientos familiares y sociales con una historia que contar. En esta ocasión con "Juanchito Soñador", buscó transmitir las dificultades por las que atraviesa la niñez de la clase pobre de nuestro país, con miras al alcance de sus sueños.

«Juanchito Soñador»
Saskia Hendrickje Astwood de Peña

Mención de honor

Amelia Ortiz Rey

Nació en la Ciudad de Santo Domingo, R. D., en el año 1976, cursó sus primeros estudios en el Colegio Babeque y los secundarios en el Colegio Santa Teresita, graduándose de bachiller en Ciencias y Letras.

Ingresó al Luis Muñoz Rivera en el 1996, donde hizo un Secretariado Bilingüe; dos años después ingreso a la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra estudiando la carrera de Administración de Empresas. Es madre de Isabella Ortiz.

Ingresó al Departamento Administrativo del Banco Central en el 2004. Actualmente labora en el Departamento de Sistemas y Tecnología en la coordinación interna con los usuarios del Banco Central que participan en determinado proyecto y que utilizan el Sistema de Bancario en Línea y con las instituciones financieras del sector privado y público, control, monitoreo y transferencia de las remisiones de informaciones (SBL) a la base de datos del Banco Central, entrena a los usuarios, operadores y personal de soporte y es Security Officer de SWIFT (SSO)

Participó por primera vez en el Concurso de Arte y Literatura en el 2007, obteniendo una mención de honor en la categoría de Fotografía.

«La cura del hipo»
Amelia Ortiz Rey

Colección del Banco Central de la República Dominicana

Serie Arte y Literatura

Arte taíno (1ra. ed. 1983, 1ra. reimpresión abril 1985, 2da. reimpresión marzo 1999, 3ra. reimpresión 2003). Onorio Montás, Pedro José Borrell y Frank Moya Pons

Los tesoros artísticos del Banco Central : (Catálogo)
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

La aventura interior (1ra. ed. 1997, 2da. ed. 2008). José Alcántara Almánzar

Las metamorfosis de Makandal (1ra. ed., 1998, 2da. ed. 1999). Manuel Rueda

Cuaderno de la infancia (1ra. ed. 1998, 2da. ed. 2007). Máximo Avilés Blonda

Imágenes del dominicano. Manuel Rueda

En la luz de la noche. Juan Manuel Prida Busto

Arquímedes y el Jefe y otros cuentos de la Era (1ra. ed. 1999, 1ra. reimpresión 2008). Armando Almánzar R.

Xavier Amiama, pintor de la noche de Haití. Octavio Amiama Castro

La noche de Jonsok. Diógenes Valdez

Luz encarcelada. Luis Manuel Piantini Munnigh

Testimonios de un director de orquesta (1ra. ed., 2000, 2da. ed. 2007). Julio de Windt

Narraciones de vuelta al mundo. Jacinto Gimbernard

Por los lugares del recuerdo. Dulce Macarrulla

En torno a la música : guía para la apreciación musical. Aída Bonnelly de Díaz

Ensayos sobre música. Rafael Villanueva

El amor todos los días. Ida Hernández Caamaño

Huellas del errante. Fidel Munnigh

Diccionario de refranes. Margarita Vallejo de Paredes y Alexandra Paredes de Fernández

Crónicas elementales. R. A. Font Bernard

La hiedra interior. Luis Toirac

Cálamo currente : ensayos sobre cultura, literatura y arte. León David

Sombreros para un viajero : antología de ensayos sobre cultura y literatura. Miguel Reyes Sánchez

La palabra en su asiento : análisis poético. José Enrique García

Pedro Henríquez Ureña : antología mínima. Prólogo, selección y apéndices de José Alcántara Almánzar

Otras miradas : obras de arte del Banco Central de la República Dominicana. Marianne de Tolentino

Fredy Miller : realidad y leyenda. Cuentos, poemas y otros escritos. Jeannette Miller (Editora)

Mi primer museo. Marianne de Tolentino

Seis asedios a la literatura latinoamericana. Apolinar Núñez

María Ugarte : textos literarios. Jeannette Miller (Editora)

Quince estudios de novelística dominicana. Giovanni Di Pietro

Manuel y la lluvia. Silvia Zimmermann del Castillo

Concerto grosso. Armando Almánzar R.

Sinfonía de ideas en 4 movimientos. Catana Pérez de Cuello

Líneas alternas. Vladimir Velázquez Matos

Cartas a Silveria. Emilio Rodríguez Demorizi

El criterio ejercido. Luis Beiro Álvarez

Tureiro, areyto de la tierra y el cielo, mitología taína. Cristian Martínez

Aproximaciones a la literatura dominicana, 1930-1980. Rei Berroa (Editor)

Banco Central [texto] : sesenta años de historia, arquitectura y arte = Central Bank : sixty years of histoy, architecture and art. Gustavo L. Moré (Editor)

El sabor de las hormigas (cuentos). Arturo Rodríguez Fernández

Aproximaciones a la literatura dominicana, 1981-2008. Rei Berroa (Editor)

Catálogo de la colección del Banco Central. José Alcántara Almánzar, Luis José Bourget

La cultura en el Banco Central. Héctor Valdez Albizu

Serie Bibliogafía Económica Dominicana

Bibliografía económica dominicana 1947-1987
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1978-1982
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1983-1986
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1988-1996
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1997-1998
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1999-2000
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 2001-2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1947-2004 (CD-ROM)
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 1947-2004
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Bibliografía económica dominicana 2005-2006
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Serie Ciencias Sociales

La independencia nacional : su proceso
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Presencia de la cultura precolombina en el arte caribeño contemporáneo.
Mildred Canahuate (Editora)

Una interpretación de la política monetaria y bancaria dominicana 1984-1999.
José Luis Alemán

Apuntes de economía y política. Luis Manuel Piantini Munnigh

Cultura y patología. Mariano Lebrón Saviñón

Culturas aborígenes del Caribe.
Federación Internacional de Sociedades Científicas (Editores)

Antropología portátil. Marcio Veloz Maggiolo

Los trabajadores del capitalismo exportador : mercado de trabajo, economía exportadora y sustitución de importaciones en la República Dominicana, 1950-1980
Wilfredo Lozano

La misericordia y sus contornos 1844-1916.
Francisco Veloz Molina

Rebeldes y marginados : ensayos históricos
Carlos Esteban Deive

12 ensayos de futuro sobre economía y sociedad
Arlette Pichardo Muñiz

Cultura indígena y educación natural
Lilliam García de Brens

Agenda de fin de siglo : crónicas y ensayos
José del Castillo

Ensayos sobre macroeconomía en la República Dominicana y países en vía de desarrollo.
Peter A. Prazmowski, José R. Sánchez-Fung, Amelia U. Santos Paulino (Editores)

Essays on Macroeconomics in the Dominican Republic and Developing Countries.
Peter A. Prazmowski, José R. Sánchez-Fung, Amelia U. Santos Paulino (Editores)

Un camino hacia el desarrollo I. Héctor Valdez Albizu

Un camino hacia el desarrollo II. Héctor Valdez Albizu

Constanza, Maimón y Estero Hondo : testimonios e investigación sobre los acontecimientos (3ra. ed.). Anselmo Brache Batista

Serie Cuentos Virgilio Díaz Grullón

Vendimia Primera : Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón 2001
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Vendimia Segunda : Concurso de Cuentos Virgilio Díaz Grullón 2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Serie Educativa BCRD

¿Qué es un Banco Central? Henry Almonte Diloné

¿Qué es el dinero? Henry Almonte Diloné

¿Qué es la inflación? Henry Almonte Diloné

Serie Folletos

Historia de la moneda : origen y evolución. Juan Manuel Prida Busto

Serie Nueva Literatura Económica

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 1996
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 1998
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 1999
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2000
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2001
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2003
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2004
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2005
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Nueva literatura económica dominicana : premios del Concurso Biblioteca "Juan Pablo Duarte" 2006
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Serie Numismática y Filatélica

Catálogo del Museo Numismático (1ra. ed. 1997, 2da. ed. 2003)
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Emisiones postales dominicanas 1865-1965. Danilo A. Mueses

El correo en Santo Domingo : historia documentada (Reimpresión).
Oscar E. Ravelo A.

La moneda provincial de la Isla Española (Reimpresión)
Fray Cipriano de Utrera

Introducción a la numismática. Avelino Álvarez Rey

Catálogo de la Sala Filatélica
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Billetes dominicanos 1947-2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Catálogo del Museo Numismático
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Conozcamos nuestro dinero. Sinthia Machado de Sosa

Serie Obras Premiadas

Obras premiadas. Primer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1995
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Segundo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1996
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Tercer Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1997
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Cuarto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1998
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Quinto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 1999
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Sexto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2000
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Séptimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2001
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Octavo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2002
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Noveno Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2005
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Obras premiadas. Décimo Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2006
Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Esta primera edición de 500 ejemplares
de *Obras Premiadas, Undécimo Concurso de Arte
y Literatura Bancentral 2007*, se terminó de
imprimir en la Subdirección de Impresos y
Publicaciones del Departamento Administrativo
del Banco Central de la República Dominicana,
en el mes de noviembre de 2008.